

Luisa Valenzuela

Pantera ocular

Van avanzando por el pasillo a oscuras. De golpe ella se da vuelta y él pega un grito. ¿Qué? pregunta ella. Y él contesta: Sus ojos, sus ojos tienen fosforescencia como los ojos de las fieras.

Vamos, no puede ser, dice ella, fijese bien. Y nada, claro. Ella vuelta hacia él y pura oscuridad tranquilizante. Entonces él extiende la mano hasta dar con el interruptor y enciende la luz. Ella tiene los ojos cerrados. Los cerró al recibir el golpe de luz, piensa él pero no logra calmarse.

Total, que el diálogo entre los dos se vuelve otro a partir de esa visión de la fosforescencia en los ojos de ella. Ojos verdes con luz propia y ahora tan marrones, pardos, como dicen los documentos de identidad; marrones o pardos, es decir convencionales allí bajo la luz trivial de la oficina. El querría proponerle un trabajo, una fosforescencia verde se interpone entre ellos (fuego fatuo). Afuera esa cosa tan poco edificante y tan

edificada que es la calle Corrientes. Adentro en la oficina, ruidos de selva provocados por un par de ojos con brillo. Bueno, bueno, si empezamos así nunca sabremos dónde habrá de culminar nuestra narración objetiva de los acontecimientos. La ventana está abierta. Queremos señalar el hecho de la ventana abierta para explicar de alguna manera los ruidos de la selva, aunque si bien el ruido se explica por el ruido, la luz ocular en el pasillo no tiene explicación racional por culpa de una puerta cerrada entre la ventana abierta y la oscuridad reinante.

Ella se volvió hacia él en el pasillo, eso ni se discute. Y después ¿esos ojos de la luz con qué fin lo miraron, qué acechaban en él o qué exigían? Si él no hubiese gritado.... En el piso 14, en la oficina, él se hace preguntas mientras habla con ella —habla con un par de ojos— y no sabe muy bien qué estará diciendo en ese instante, qué se espera de él y dónde está —estaba— la trampa por la que se ha deslizado lentamente. Unos ojos de fiera. Se pregunta mientras habla con ella con la ventana abierta a sus espaldas. Si hubiera podido reprimir el grito o indagar algo más...

II Parte

A las tres de la madrugada la despierta un ruido sospechoso y usted se queda muy quieta en la cama y oye —siente— que alguien se está moviendo en su habitación. Un tipo. El tipo, que ha violado la puerta, seguramente ahora querrá violarla a usted. Oye sus pasos afelpados sobre la alfombra y siente una ligera vibración del aire. El tipo se está acercando. Usted no atina a moverse. De golpe algo en usted puede más que el terror —¿o es el terror mismo?— y usted se da vuelta en la oscuridad para enfrentar al tipo. Al ver lo que se

supone es el brillo de sus ojos, el tipo pega un alarido y salta por la ventana que, por ser ésta una noche calurosa, está abierta de par en par.

Entre otras, caben ahora dos preguntas:

- a) ¿Es usted la misma mujer de la historia anterior?
- b) ¿Cómo explicará a la policía la presencia del tipo en su casa cuando empiecen las indagaciones?

Respuesta a a)

Sí, usted es la misma mujer de la historia anterior. Por eso mismo, y teniendo en cuenta los antecedentes, espera usted que se hagan las 9 a.m. para ir corriendo a consultar a un oculista. El oculista, que es un profesional consciente, le hace a usted todo tipo de exámenes y no le encuentra nada anormal en la vista. No se trata de la vista, atina a aclarar usted sin darle demasiadas explicaciones. El oculista le hace entonces un fondo de ojo y descubre una pantera negra en el fondo de sus ojos. No sabe cómo explicarle el fenómeno, tan sólo puntualiza el hecho y deja el análisis a sus colegas más imaginativos o sagaces. Usted vuelve a su casa anonadada y para calmarse se empieza a arrancar con una pinza algunos pelitos del bigote. Adentro de usted la pantera ruge pero usted no la oye.

La respuesta a b) se ignora.

Ojos verdes de pantera negra, fosforescentes en la oscuridad, no se reflejan en los espejos como hubiera sido dable imaginar desde un principio de haber habido un principio. El hombre de la primera parte de esta historia es ahora su jefe y por supuesto no se ani-

ma siquiera a darle órdenes por temor a que ella apague de golpe la luz y lo deje otra vez ante esos ojos. Por suerte para él la pantera no asoma por otros conductos de ella y los días transcurren en esa cierta placidez que da la costumbre al miedo. El hombre toma sus precauciones: cada mañana al salir para la oficina se asegura de que Segba no ha planeado ningún corte de luz en la zona, tiene una poderosa linterna al alcance de la mano en el cajón superior del escritorio, deja la ventana siempre abierta para que entre hasta la última claridad del día y no se permite con ella ni el más mínimo sentimiento oscuro como se permitía con sus anteriores secretarías. Y eso que le gustaría. Le gustaría llevarla una noche a bailar y después a la cama. El terror de enfrentarse una vez más con esos ojos ni siquiera le deja gozar de este tipo de proyectos. Lo único que se permite es preguntarse si realmente los habrá visto o si serán fruto de su imaginación (una ilusión óptica de la óptica ajena). Opta por la primera alternativa porque no cree que su imaginación dé para tanto. La trata a ella con música como para amansarla, ella no parece al acecho mientras le toma las cartas al dictado.

Buenos Aires no puede permitirse —permitirle— el lujo de una alucinación consciente. Nosotros que lo venimos tratando desde hace un rato podemos asegurar que su miedo nada tiene de imaginativo. Nosotros no lo queremos mucho pero vamos a ver si con el tiempo le damos oportunidad de redimirse. Ella tampoco es gran cosa, qué quiere que le diga, la salva la pantera negra, pero una pantera así, que non parla ma se fica, pocas oportunidades puede tener dentro de una persona tan dada a la apatía. Ella empieza a sentir oscurofobia o como eso se llame y sólo frecuenta locales muy iluminados para que nadie se entere de su inútil secreto. La pantera duerme con los ojos abiertos mientras ella

está despierta, quizá se despierte durante el sueño de ella pero eso no logra averiguarlo. La pantera no requiere ningún tipo de alimento, ninguna manifestación de cariño. La pantera ahora se llama Pepita pero eso es todo. El jefe empieza a mirarla con buenos ojos, pero eso sí, nunca a los ojos. El jefe y ella acaban por juntarse a la luz del día sobre la alfombra de la oficina. La relación dura un buen tiempo.

El desenlace es optativo:

—Una vez por año a Pepita la despierta el celo. El jefe hace lo que puede pero ella queda tuerta.

—Ella acaba por empujarlo al jefe por la ventana por eso de que los ojos son las ventanas del alma y viceversa.

—Pepita se traslada de los ojos al hígado y ella muere de cirrosis.

—El jefe y ella deciden casarse y las cuentas de luz que le llegan son fabulosas porque nunca se animan a quedarse a oscuras.

—Pepita empieza a hacerle jugarretas y ella se ve obligada a dejar a su amado para irse con un domador de fieras que la maltrata.

—Idem pero con un oftalmólogo que promete operarla.

—Idem pero con un veterinario porque Pepita está enferma y ella teme perder la vista si muere la pantera.

—Todos los días se lava los ojos con baño ocular Flor de Loto y está tranquila porque Pepita se ha convertido al budismo y practica la no violencia.

—Ella lee que en los EE.UU. han descubierto un nuevo sistema para combatir a las panteras negras y viaja llena de ilusión para encontrarse, una vez allí, con que se trata de otra cosa.

—Lo abandona al jefe por su malsana costumbre de acoplarse a plena luz y se conchaba como acomodado en un cine sofisticado donde todos la aprecian por que no requiere el uso de linterna.